

ODRADEK

Domicilio Desconocido

Año I - Abril 2007 - Número 8
Muestra gratis

www.geocities.com/domicilio_desconocido
domicilio_desconocido@yahoo.com.ar

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*
- *Odradek- dice él.*
- *¿Y dónde vives?*
- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*
Franz Kafka

Una visita a la unidad

- **N**o sé qué hacer con mi vida -dijo Braun-. Quiero estar en Buenos Aires, pero además de la Feria del Libro y algunas exposiciones, me interesan pocas actividades. Y menos las que se llaman productivas. En la Feria existe una paradoja. Algunos dicen que cuanto más personas asisten, menos libros se venden. Pero voy para escuchar a las celebridades locales, que hablan de celebridades mundiales, y se ignoran unos a otros. Citan a los clásicos, y celebridades de países donde ellos mismos quisieran ser celebrados. Voy porque me gustaría publicar un libro, dejar algo que no sea olvidable aunque sea olvidado. -De la Torre lo interrumpió con una risa repentina, "son tantos con tu apellido, que serán más eternos que los laureles", dijo, y luego se disculpó y lo alentó a seguir.

-Bueno -prosiguió Braun-, me puse en contacto con Alberto Plessner, un agente literario que suele residir en Barcelona, aunque tiene una familia de alemanes fugados en la Segunda Guerra. Ignoro si al comienzo, o al final.

-Siempre ignorás lo único que importa -acotó De la Torre con un gesto de evidencia, arrugando la frente y moviendo la cabeza.

Braun dejó pasar el comentario. Siguió con lo que Plessner le había informado sobre una celebridad mundial especialista en citar ignotos, previo acuerdo de un porcentaje en los derechos de la futura obra. Ese porcentaje aumentaba en la segunda edición, ya que nunca se hubiera llegado a la misma sin el apoyo de la celebridad. Una primera mención podía decir "He vuelto con asombro a la literatura, después de leer un inédito que será revelación". Y, por un cinco por ciento más, diría: "Serán inútiles los esfuerzos de su autor por escapar de la fama". Una frase así, según Plessner, precipitaba a los desorientados

que escriben cada semana en las revistas y en los suplementos culturales de los diarios. No quieren quedar fuera del "canon" (como llaman a esta broma de un mercado amante del equilibrio perpetuo).

- Un inciso, como dirían los españoles -comienza De la Torre, mientras saborea el cigarrillo que un guardia le acaba de facilitar-, estás pensando que puedo meterme en esa cosa porque te dije que estaba escribiendo.

-No, no -respondió Braun apurado- ..., es verdad que también me gustaría...

-Gracias por el consuelo, pero cuando salgás de aquí seguís con lo tuyo. Te divertís fácil, eso es todo.

Braun aceptó que estaría bien que el contacto fuera para los dos, que mediante Plessner su "testimonio" llegará más allá de cuatro amigos. Por su parte, algo tendría que hacer. Además, Plessner le había dicho que al comienzo no era necesario vender mucho, lo suficiente como para ser llamado "autor de culto". Para los chicos esto se convierte en militancia. Al poco tiempo, los simpáticos dejan el

libro sobre la mesa mientras miran con desprecio a los que leen autores que fueron de culto, antes de convertirse en conocidos y parte del *mainstream* (esa corriente principal que espera al autor de culto, como antes lo esperaba el museo o la academia).

El problema, siguió mientras De la Torre reía, es la posibilidad de que sea imposible inventar un "autor de culto" en esta zona del mundo. Podría quedar como un autor de culto barrial. Los desorientados de aquí sacan sus autores de culto del inglés, por lo general publicados en Anagrama de Barcelona. De cualquier manera no le respondí a Plessner, tampoco sé qué escribir. Plessner me habrá olvidado. La última vez que fui a la Feria del Libro logré una dedicatoria cariñosa de una celebridad local. La vieja celebridad, sin ver demasiado, escribió para nadie: "Para una joven promesa". Yo no era joven, tampoco le había dicho que escribía. Deduje del "género" de la frase que se refería a una mujer, que siempre es una promesa... La frase le salía sin dificultad, cualquier otra le hubiera hecho temblar la mano. Pero ésa le salía sola, y siempre caía bien.

- "Lo que es, lo que será y lo que fue" -dijo de improviso De la Torre, cansado del intento de Braun de hacerlo reír-. Para mí -agregó-, se trata de entrar en contacto con ese otro mundo, donde hay hazañas que celebrar, y recuerdos que ordenan el futuro. Sobre eso escribo, cuando puedo.

"Todos los que andan cerca -pensó Braun, recordando a Henry Miller- quieren ser escritores." Yo no tengo otra Musa que la memoria, pero puedo alabar a los que recuerdo como héroes, y dejar escrita mi desaprobación de algunos cobardes.

-La mejor desaprobación -acotó Braun- es el olvido y el silencio. Porque los que escriben suelen ser unos parásitos encargados de crear la imagen más valiosa posible de la elite que los sustenta, una imagen embellecida. Es mejor recordar a los que seguimos queriendo.



"Letra chica" - Nora Martínez

Cosas en el mundo

La primera vez que visité la Feria del Libro fue en 1984. Yo tenía entonces 10 años y mi viejo me compró *Viaje por las galaxias*, de Edward Packard. Era el primer volumen de una colección notable: *Elige tu propia aventura*. Con el tiempo tuve muchos libros de esa colección.

Todavía recuerdo la excitación que tenía porque me iba a comprar uno de esos libros de los que tanto se hablaba. Todavía recuerdo, también, la figura alta de mi viejo, que, con cierta prescindencia, me acompañaba por los stands. Gran parte de eso (los libros para chicos, la altura de mi padre) se perdió irremediablemente cuando crecí y dejé de leer los libros de *Elige tu propia aventura*.

Lo que todavía persiste es la excitación que me envuelve cada vez que entro a la Feria. Esa especie de mercado persa en el que todos reparten papelitos que son como un modelo a escala de la propia Feria: coloridos, enfáticos y olvidables.

Claro que con los años mis gustos han cambiado. Ya no me gustan tanto los papelitos (con mi hermano y un amigo, Diego, los juntábamos con afán de coleccionista), y descreo de los stands de las

librerías (que en alguna época, cuando todavía estaba en la secundaria y paseaba poco por el centro, me parecían los mejores lugares de la Feria). Ahora me detengo casi exclusivamente a los stands de ofertas y los de países latinoamericanos, a encontrar textos que no se encuentran en las librerías o algo que, si se encuentra, no se puede pagar.

A la Feria fui con todos mis amigos: con Rava agotamos todas las ofertas del stand del Fondo de Cultura Económica, con Leo tomé un café mirando desde arriba el hormigueo de los paseantes, con Mariano visité (por única vez, pero todo hay que probarlo en la Feria) el stand de Ricordi, con Lore me decidí por algún libro infame.

Claro que no todos tienen paciencia: para mí la Feria hay que peinarla, recorrerla en detalle para pescar la curiosidad bibliográfica que siempre aparece. Mi amigo Marcelo, por ejemplo, me lleva a esos stands en los que nada puede comprarse, pero todo es bellissimo y raro.

En la feria inclusive me dieron un premio, que consistía en una novela de Leo Perutz, que mi madre miró con sorpresa pero segura de que mi destino

estaba en las letras. En la Feria, tal vez por eso, soy moralista: una vez me cobraron mal por un libro de Alsina Thevenet y devolví el dinero; otra vez Mónica, mi mujer, quiso robar un libro y la detuve. Todavía me reprocha la cola que tuvimos que hacer para pagar un peso.

En la Feria compré por un peso *Música japonesa*, de Fogwill, por dos pesos los escritos de Dziga Vertov, por cinco *El conocimiento ordinario*, de Michel Maffesoli, por diez las *Obras*, de López Velarde, por treinta *La obra de arte en la era moderna*, de Jean-Marie Schaeffer. No sé cuánto pagó mi viejo por *Viaje por las galaxias*. La segunda parte de *Ser americanos* de Gertrude Stein (la primera no estaba) y *Cómo hacer tapices*, me los regalaron en el mismo stand a mediados de los noventa.

Voy todos los años a la Feria. Siempre compro algo y la recorro completa: su banalidad apasionada, mezcla de Las Vegas y Babilonia, siempre me recuerda que los libros son cosas, muchas cosas, en el mundo. Esa obscena persistencia es, también, una forma de memoria.

Ezequiel De Rosso

Iluminados por los medios

Existe un cierto aspecto de la naturaleza humana que me gustaría analizar. Tal vez sea más sencillo para usted entender este concepto con un ejemplo¹.

Tomemos un cierto suceso mediático masivamente aceptado (un programa de televisión, una película “jolibudense”, un libro, etc.). La mayor parte de los posibles consumidores del producto lo aceptará “alegremente”. No pasará mucho tiempo sin que aparezca un grupo de “iluminados” que no comprende cómo la mayoría de la población dedica su tiempo a consumir semejante “producto”. Ese grupo de “iluminados” representará una minoría entre el universo de los potenciales consumidores del producto, diferenciándose así del consumidor promedio, que acepta el producto con ignorante alegría.

Pero esos “iluminados” serán en poco tiempo presa de un grupo de “muy iluminados” que alzarán sus voces en defensa del producto, aludiendo a la presencia de ciertos aspectos que ni los “alegres” ni los “iluminados” jamás encontraron. Pero estos “muy iluminados” no tardarán en caer en manos de los “hiperiluminados”, un grupo que acusará a los “muy iluminados” de snobs,

compartiendo la posición de los “iluminados”, pero basándose en argumentos mucho más profundos para denigrar al producto. Y así se irá sucediendo la aparición de diversos grupos, a favor y en contra del producto, con fundamentos cada vez más profundos, más analíticos y más retorcidos. Y mientras más lejos se encuentre el grupo de aquel primero, formado por los que alegremente consumen el producto, más lejos se encontrarán sus miembros del “consumidor promedio”.

Ya imagino a partir de la aparición de esta nota un sinnúmero de cartas de lectores a la revista atacando el punto de vista que estoy presentando hoy, pero esas pavadas me tienen sin cuidado. Cuando las críticas son muchas, cargo mi mochila con mi cámara digital de 7.1 megapíxeles y 2 Gb de memoria, cargo música en mi celular con Mp3, me subo a mi Fiat 1500 completamente original y me voy a alguna playa alejada, sin mucha gente, a descansar.

Mariano Quintero

¹No justamente para USTED, sino para otros lectores que no sean tan brillantes como USTED.

²En este caso hay una cierta analogía entre alegría e ignorancia en la que no voy a profundizar. Para más detalles sobre esta analogía puede leer cualquiera de mis libros, sobre todo aquellos escritos en mi exilio en Connecticut, entre 1985 y 1989.

Enviá ‘cuento’ al 4444

Habia 1 vz 1 tipo q amaba lectura y cmprba mchs lbrs pero no cmprta xq amgos prdian lbrs q el prstaba :(

1 día 1 amgo enojo y grto: “amrrete!” ò_ó

Al ver enojo d amgo, el tipo tvo 1 idea: “Y si scrbo cntos pra mndr x clular y asi hstorias al alcnce de tds?” ;-)

“Q bna idea”, djo 1 snr q tnia \$\$ pra encrar prycto.

Y fnancio :-D

Asi tipo djo d leer y empzo a scrbr. Y scrbio csas tles cmo:

:-E :* a @:-) y @:-) pso a =’(

“No =’(bluda, es slo 1 :*”, djo :-E

La @:-) pso cara d :-o

:-E djo: “T kiero”

Y los 2 se clgaron d(-_)b , cda 1 cn el syo, clro.

Q lndos cntos scrbio tipo!!! ¿N?

Rfrens:

:(Trstza

ò_ó Enjo

;-) Gño

:-D Snrsa Amplia

:-E Drcula

:* Bsar en mjilla

@:-) Mjer cn pelo rgido

=’(Lllar

:-o Srprs

d(-_)b Scchar msca cn auriclars

Yanina Bouche

La tía en la feria

Llevar a la tía Coca a la Feria del Libro no fue tarea fácil esta vez. Otros años habíamos disfrutado hasta de las largas colas para entrar, de todo el tiempo que nos llevaba atravesar el predio, eligiendo hacia dónde ir, del brazo por los corredores y con el plano en la mano, parándonos en cada stand, revisando las anotaciones que habíamos estado haciendo de autores, títulos y otras reseñas a buscar.

Cada año habíamos participado en las actividades propuestas por las editoriales, nos habíamos acercado a todas las conferencias estirando el cuello para no perdernos nada. Teníamos muchos coros oídos, muchos cafés charlados y ella, siempre igual, con la mano en la mejilla escuchándome como cuando era adolescente, flor de tía, fumaba de más para tener siempre a mano una pitadita para convidarme.

Pero ahora era distinto todo, desde ella hasta mí, pasando por la feria. Me refiero a que los años no vienen solos, y a veces un intento por recuperar el pasado para restaurar el futuro hace que el presente se vuelva confuso.

Fuimos un lunes. Lloviznaba cada vez menos suavemente mientras aún estábamos a unos cuantos metros de la zona cubierta, cerca de la boletería. A un costado, la tía miraba hacia arriba las gotitas arremolinadas y las encontraba tétricas. Adentro era día de colegios, después me acordé que ya sabía. Con un andar terco y frenado dio una mirada general. Correntadas de alumnos se ramificaban por doquier.

-“Dios me libre- empezó a decir-... si se te pierde un chico acá...”

Se había vuelto temerosa con los años, eso también lo sabía, pero pensé que con un paseo tan interesante se iba a calmar. -“...Cómo están las cosas ahora... -continuó. Y las maestras no son ninguna garantía, el otro día escuché el caso ése... qué barbaridad... qué mundo estamos viviendo. Qué altos hacen ahora los estantes, mirá. Esto se llega a caer y te rompe una pierna. Ponete la cartera de este lado, andá a alcanzarlos si te la sacan, con la cantidad de gente que hay! Ruta de evacuación - leyó - tendría que decir Salida, como siempre, uno ya está acostumbrado y si pasa algo la gente se tiene que parar a pensar. Y qué vas a pensar en la mitad de un incendio, nada”.

Llevar a la tía Coca a la Feria del Libro no fue tarea fácil esta vez, ya lo dije no?

Nora Martínez

Fiesta en el crucero

La envidia es así; no distingue matices, no entra en sutilezas, no tiene pretensiones de detalle. A menos que intente justificarse por problemas morales (y en el camino perder su contundencia, hacerse virtuosa, ser sana), la envidia es dicotómica: aquello merece nuestra envidia, aquello otro no. Cosas que por definición equivalen a “no tengo esto” y lo quisiera; o “sí, lo tengo”, y por lo tanto no necesito desearlo (al menos hasta que lo pierda).

El problema es cuando la envidia se complejiza por simple entrecruzamiento de pares. Por ejemplo, cuando las categorías de lectores rápidos o lentos se cruzan con las de lectores memoriosos o desmemoriados.*

La combinación rápido/memorioso es sencillamente intolerable. Una suerte de Terminator de las letras que, no contento con ser un lector prolífico, puede saber en qué cuento hay una riña de gallos (y cuál de los gallos la gana), o recitar los epígrafes de todas las novelas de un autor, o (la peor calaña de memoriosos) distinguir entre distintas traducciones, que se corresponden con distintas ediciones, que efectivamente, difieren entre sí y cuya diferencia tiene importancia para lo que uno entendió o creyó entender.

No se trata, aclarémoslo, de deslumbrarse por una acumulación de comentarios pedantes mientras el auditorio se adormece. Se trata de que el desmemoriado suele ser un tipo sensible que quisiera charlar del libro que efectivamente ha leído, y no puede recomendárselo a nadie porque no recuerda el título, o se lo confunde con algún otro. Y también suele ser un tipo tan adaptado a la vida social como para reconocer que no queda bien llevar fichas bibliográficas a una cena.

Claro que si se trata de un lector rápido/desmemoriado, se lo tiene bien merecido. Porque en el infierno de los que no pertenecen a las castas elegidas, esa combinación es una forma de justicia: no se puede neutralizar la contundencia de esa maldita velocidad crucero, pero sí se reducen los daños colaterales. Todo lo leído cae de alguna manera en el pozo del olvido, y lo poco que queda los equipara a los otros, los hace parte del mundo más o menos aceptable de quienes leen lo que pueden en un tiempo moderado, humano.

La mezcla lento/memorioso es, además de poco frecuente, anodina hasta el extremo; la falta de gracia propia de los que se quedan, sin remedio, en el campo de lo conocido.

En el último escalón, avergonzados y escarnecidos, quedan los lectores lentos/desmemoriados, aquellos que al menos tienen el orgullo de la envidia y la lucidez. Esos que, cuando a las categorías se les da por cruzarse, no solamente saben que leerán siempre menos que los otros, sino que además van a tener que quedarse callados en todas las fiestas.

María Martha Gigena

*Nada de esto tiene mucho sentido, pero tiene algo de sentido si usted lee además Velocidad crucero en Odradek 6

Lectores fronterizos

La lectura es una actividad que puede llegar a convertirnos en seres absolutamente irracionales. Comer, hablar, trabajar, establecer cualquier tipo de contacto humano son cosas que un lector en trance relega sin dolor cuando la lectura lo atrapa. Inclusive, es posible que la persona que lee alguna vez haya atravesado situaciones límite, como la que hoy quiero relatarles.

El lector X (me reservaré su nombre, pues no quiero causarle un trauma mayor al que ya padece) es un hombre “normal”: padre de familia, profesional, situación económica estable. Hace unos años comenzó a frecuentar la lectura desde un costado más analítico. Se hizo adicto a seminarios, talleres y charlas en los que se sumerge en las profundidades de las lecturas más variadas: filosofía, política, psicoanálisis, cine, literatura. En poco más de un lustro triplicó el volumen de su biblioteca y se ha hecho acreedor de tarjetas de compra de las librerías más importantes del país. Durante los fines de semana recibe tres periódicos, que desmenuza concienzudamente los días posteriores. Y también se convirtió en un fanático lector de Odradek, tal es así que emprendió una cruzada cideana para hacernos llegar a todo espacio en el que considere que existe la posibilidad de ser leídos.

Un par de meses atrás, nuestro vengador anónimo se enfrentó al gerente

de una sucursal de Librerías Yenny, profiriéndole un rosario de insultos y de imprecaciones de la más variada índole y arrojándole frente a sus narices los dos o tres libros que había elegido comprar a cambio de que le fuera permitido dejar en los mostradores algunos ejemplares de nuestra publicación. Furioso, llevado por los mil demonios, la escena se repitió en un local de la cadena Cúspide, cercana a los cines de la Recoleta. X acusó al encargado de la desaparición de una pila de revistas que hacía pocos minutos él en persona había dejado en una de las mesas disponibles a tal fin y sin pelos en la lengua le dijo: “Vos fomentás la cultura con el mismo criterio con el que podrías vender pochoclo”.

La última aparición del justiciero odradekiano se dio en el marco de La noche de las librerías. Mezclado entre la multitud, X descubrió con agrado que alguien se había hecho eco de su misión y nos repartía entre los asistentes al evento, Jefe de Gobierno incluido.

Seguramente, se lo podrá ver merodeando entre el 19 de abril y el 7 de mayo en la 33ª edición de la Feria del Libro, cuyo lema es Libros sin fronteras, territorio perfecto para los que -como X- somos lectores fronterizos.

Vanesa Pafundo

Fuerte, musculoso

Nada de fuerza bruta, salvaje -animal-, nada de cuerpos deformes -horribles-. Yo sé que él me preferiría fuerte y musculoso. De hecho no pierde ocasión de repetirlo. Y en general lo dice delante de otros padres, fuertes y musculosos. Pero lo que yo tengo para darle, mi herencia, para llamarlo de alguna manera, es otra cosa. Es una biblioteca llena de libritos de diferentes colores y tamaños. No sé si va a servirle para algo práctico, concreto, pero siempre le digo que, en caso de necesidad, y cuando yo me muera -sólo cuando yo me muera-, puede venderlos.

Ahora me acuerdo de la primera vez que lo llevé a la Feria del Libro. Era muy chiquito, recién había empezado a caminar. En medio del amontonamiento de gente, el Ponchi, sentado sobre mis hombros y apretándome la cara con fuerza, veía el espectáculo de los libros expuestos en prolijo amontonamiento y se movía, nervioso, movía las piernas, hundía las zapatillas en mi pecho. Cuando lo bajé para que caminara un rato y para reponerme del esfuerzo -no soy fuerte, no soy musculoso-, él empezó a correr enloquecido y lo perdí en cuestión de segundos. Por suerte lo encontré enseguida, sentado al costado de una pila de libros, haciendo lo posible por tirarlos. “¿Qué hacés Lauchín?”, le dije y él me miró con codicia, con gula, con esa cara que pone cuando ya está listo para hacer el mal. “No toqués eso”,

Entonces me di cuenta de dos cosas importantes que iban a servirme en el futuro: que era muy chico para llevarlo a las actividades de los adultos, fue lo primero que descubrí.

Y lo segundo que entendí fue que lo más razonable, cuando uno está metido en un lío, es escapar, salir rajando.

pedí, en voz baja, sabiendo que mi ruego no sería escuchado, porque él, con un cabezazo, logró finalmente su objetivo. La pila se desparramó. Entonces me di cuenta de dos cosas importantes que iban a servirme en el futuro: que era muy chico para llevarlo a las actividades de los adultos, fue lo primero que descubrí. Y lo segundo que entendí fue que lo más razonable, cuando uno está metido en un lío, es escapar, salir rajando. Y eso hicimos.

En esa época sus actividades se relacionaban directamente con los libros: los pisaba, los rayaba, los pateaba, los hundía contra el fondo de los estantes, les arrancaba las hojas -escondía las hojas sueltas debajo de mi cama- y también los leía, por supuesto. Se acostaba boca abajo en el piso y trataba de descifrar las letras, concentrado, ansioso.

La última vez que nos pusimos en movimiento hacia la Feria llovía bastante. Llegamos hasta la vereda de enfrente y nos dimos cuenta que era difícil cruzar. Mucho tráfico, mucha agua, mucha gente. Entonces entramos a un local de videojuegos y el Ponchi me enseñó a jugar a su juego favorito, “Marvel vs. Capcom”. Cada uno eligió un luchador y los hicimos pelear hasta que quedaron completamente desmembrados. Y así nos encontró la noche. A puro golpe. Ganó él.

Ariel Bermani

A la distancia

Estoy recostada en la o, en la cuna que se arma naturalmente en su parte inferior. Desde acá puedo pegar un salto hacia el renglón de abajo y pararme sobre el punto de la i, o colgarme de la cola de la g para descender. Seguir bajando hasta el último renglón es fácil si me agarro de las eles y me tiro como por un caño.

También puedo caminar sobre el filo de la hoja, y mirar la hilera de letras que se pierde hacia la costura del centro. A veces me mando por el margen hasta abajo y me entretengo con el paginado: recorrer los números una y otra vez puede ser interesante cuando se está rodeado de letras.

Subo y bajo, subo y bajo, y ahora creo que es tiempo de dar vuelta la página. Me paro en una esquina, me mojo las suelas y me pongo a correr hasta que debajo puedo empezar a ver lo que sigue y entonces, con esfuerzo, tiro la página vieja para atrás y empiezo otra vez. Camino por encima de las palabras, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, bajando sólo en los espacios para tomar aire. Después salto y empiezo con otro renglón. Algunas veces, cuando llega un punto, paro, me recuesto, lo uso de almohada. Otras, retrocedo.

Parecerá increíble, pero a pesar de tener tan recorrido este libro, no logro comprenderlo. Creo que va a ser necesario alejarme un poco, tomar distancia para captar el conjunto porque así, me pierdo.

Yanina Bouche

La Feria que se viene

Adelantamos algunos detalles de la Feria que se viene.

El tamaño que ocupará la Feria del Libro coincidirá con la superficie del Planeta Tierra. Tendrá una duración de 365 días por año. Cada vivienda será atendida por lo menos por un lector que tendrá un cartel identificatorio en su pecho indicando lector de quién es.

Los escritores se verán obligados a peregrinar de casa en casa para conversar con sus lectores.

Supongamos: Mario Bellatín puede enojarse con los que no lo entienden y agitando el puño a la altura de las narices de sus lectores explicar que la literatura no se explica.

Sergio Di Nucci andará disfrazado de Bruno Morales, que se travestirá de Carmen Lafforet para argumentarles nada a lectores furiosos.

Marcos Aguinis seguirá repartiendo pijamas.

César Aira dejará perplejos a los que lo tilden de desperejo.

Miles de escritores, de sacos descoloridos y pantalones brillosos, irán de

puerta en puerta preguntándoles a muchos qué le vieron al Código Da Vinci.

Otros tantos escritores recorrerán pocas cuadras para abrazar a sus propios lectores.

Se les permitirá a los autores inéditos buscar convencer a futuros lectores de las bondades de sus obras. Una vez documentado el interés, los editores accederán a la publicación de los manuscritos con absoluta confianza en los atributos literarios de esas obras.

Como actividades complementarias se planean: conferencias y mesas redondas protagonizadas por ignotos lectores, que podrán ignorar a los escritores que asistan a ellas, desmereciendo las preguntas que realicen al término de cada una; un divertimento consistente en la captura y muerte de Harold Bloom; visitas guiadas al zoológico de los poetas; la implementación de basureros ecológicos especiales para autores cuyos libros hayan ingresado en la lista de saldos y la prohibición de hablar de literatura.

Roberto Garriz